



Correr, volar, amar

ILUSTRACIÓN VÍCTOR MATAMOROS > EL PERIÓDICO

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA



MANOLOVELA@IBEROMX

CORRER ES. Correr es lo más cerca que estamos de volar por nosotros mismos. No necesitamos más; piernas, pulmones y corazón. Correr es sentir cómo –con la fuerza de la velocidad– el cuerpo corta el aire, los segundos que te mantienes sin tocar el piso, la aceleración de las palpitaciones, el compás de la respiración y las pisadas en el asfalto, una máquina perfecta; pero correr es también experimentar la debilidad en nuestro cuerpo, esa sensación de ya no poder más, cuando –en una pendiente– sentís en carne propia qué es eso de la gravedad aquí en la Tierra.

DISFRUTAR. Pero no todo tiene que ser dolor, castigo y náuseas. Correr puede ser también algo alegre y fácil, porque podés ir muy despacito, a un paso muy confortable, y no pasa nada. Al correr disfrutarás de ver el cielo, los paisajes, y te sentirás libre, y podrás escuchar tu música, y correr te hará olvidar –por un momento– las desgracias que ocurren y que irremediablemente seguirán ocurriendo. Y lo mejor viene después: cuando descansás, y sabés

que ese es un descanso que te merecés, por el enorme esfuerzo que hiciste.

LO QUE CREEN LOS QUE NOS ABEN. Contrario a lo que mucha gente que no corre cree, a nosotros, a diferencia de los que van por los premios (los profesionales), no nos interesa ganar nada. Corremos por el simple gusto de haber sido parte de esa carrera, ese año, y haberla terminado (bien o mal); probar por primera vez cómo es ese recorrido, sentir la textura del terreno (ninguna subida es una subida hasta que la hacés corriendo); sentir la emoción de la salida; ver cómo nos fue con nuestros tiempos, en ese recorrido, en esa distancia, en relación (si los tenemos) con los años anteriores; cruzar la meta, rematando o apenas llegando; platicar con los amigos, en la salida, cuando calentamos, y al final; ver la medalla; sonreír como si estuvieras loco cuando por fin alcanzás la meta, y levantar la mano, como si de verdad te hubieras llevado el primer lugar ¿A quién le importa en qué lugar quedó? Si acaso se hace un sentido de competencia con otros amigos, de quien tuvo mejor tiempo, pero no hay nada más. Para nosotros –los que corremos– la competencia es un juego con nosotros mismos. Aquí la clave es muy sencilla, como en la vida misma: superar los parámetros que nosotros mismos nos colocamos.

TOCAR LOS LÍMITES. Correr es también llevar el cuerpo hasta el límite, y saber cómo mantenerse allí, bajando, acelerando, o simplemente siguiendo el paso. El límite es ir a máxima y –ya sin energías– mantenerse allí. El límite es también una sensación de miedo, provocado por el saberse extenuado (ese quemarse antes de tiempo), sin más energías que las que quedan para sostener las piernas. El límite es también dolor; y al final, cuando lo cruzaste, puede ser un calambre, o una lesión, y entonces ya terminar la carrera –si todavía te empeñás tercamente en hacerlo– te costará más de lo que habías presupuestado. El límite es mental y físico a la vez. Mental, porque hay que tener agallas para llegar allí, no asustarse, y tener la convicción de que ese paso se puede mantener, darte cuenta de que sos más fuerte de lo que antes eras y creértelo; y físico, porque en este deporte, como en casi todos, así como entrenás, así obtenés resultados. Hay aquí muy pocos –si es que los hay– golpes de suerte. La experiencia de tocar el límite es única y cuando la sentís querés volverlo a hacerlo, una y otra vez.

LA MEMORIA. El recuerdo de las carreras que hacíamos con mi amigo Fabián, a finales de los años setenta, en

Mazatenango, se ha quedado grabado en mi memoria. Era un precipitarse por el callejón para, atravesando unos estrechos pasadizos empedrados, salir a la cuarta avenida y hacerle frente a esa pequeña cuesta, que a mí en aquel tiempo me parecía que no tenía fin. Para intentar ser más rápido, cada vez que me mandaban a la tienda yo iba corriendo; y como vivíamos en la calle de salida de todo el transporte, inventaba carreras imaginarias con los vehículos que pasaban por allí. Recuerdo la cara de extrañeza de más de un conductor, que, sin entender qué era lo que me pasaba, se me quedaba viendo. En 1981, en la colonia San Andrés, de Mazatenango, se realizó la carrera por el 35 aniversario del IGSS (Instituto Guatemalteco de Seguridad Social) y como me fue bien, fui a la carrera que se realizó en la Ciudad de Guatemala. Pero allí, el tumulto de gente era tanto, o así es como yo ahora lo recuerdo, que solo alcancé a ver a una niña descalza que iba a hacer la carrera. Todos la miraban a ella y, a sus pies sobre el asfalto. Ya al final, cuando la premiación, alcancé a ver que ella había ganado la competencia.

A esos recuerdos acudo ahora cuando, en medio de una carrera, quiero desconectarme: la cuesta de la cuarta avenida, la penumbra del callejón, los pies sobre el asfalto de la niña que ganó aquella carrera... Continuará.